

NEGRO, PERO INSUFICIENTEMENTE OSCURO

POR

LUIS MARÍA SANDOVAL

Hace dos años que se publicó en Francia, con gran repercusión, un libro sobre el comunismo dedicado íntegramente a hacer balance de sus crímenes (1). Si eso era algo impensable hace sólo diez años, no deja de ser otra sorpresa, igualmente agradable, la prontitud con que fue traducido en España y el modo en que se ha puesto a la venta, con gran tirada y abundante exhibición además.

Todo ello, de entrada, no puede sino congratularnos. Aunque sea tarde, o poco, o mal, es preciso que se hable mucho todavía de los males del comunismo de modo que se llegue a la mayor parte del gran público. Sólo por eso, por su balance acusatorio admitido al fin como 'políticamente correcto', por su contabilidad susceptible de emplearse como fuente, y por la descripción detallada de tantos horrores, los frutos históricos y de pedagogía política del libro que comentamos son insustituibles e impagables.

Dicho lo cual, merece examinarse más detenidamente el libro que tan fácilmente ha sido aceptado por los círculos establecidos de la cultura y las editoriales.

En realidad, no se puede presentar como una obra completa, ni menos definitiva, sobre el tema. Como diremos, ya en la simple exposición de los hechos adolece de lagunas y de muy

(1) AA.VV., *El libro negro del comunismo. Crímenes, terror y represión*, Barcelona/Madrid, Planeta/Espasa, 1998, 865 págs. Entre paréntesis figurarán en esta reseña las páginas a que hacemos referencia en cada ocasión, sin más indicación.

diferente profundidad en el estudio, achaque común en los libros de varios autores: no menos de nueve son los firmantes, algunos de largo historial, y otros de los que apenas se nos ofrece como presentación por el editor su condición de periodista especializado o de estudiante de historia (capítulos dedicados a América Latina y Afganistán respectivamente). De todos ellos, el autor principal, puesto que firma la introducción y las conclusiones bajo los títulos de "Los crímenes del comunismo" y "¿Por qué?", es Stéphane Courtois, director de la revista *Communisme*.

Personalmente, los capítulos que me han parecido más importantes son el dedicado por Alexander Werth a la Unión Soviética (al fin y al cabo la experiencia primera y principal del comunismo, si bien se trata también del aspecto de la cuestión más conocido), por la sistematización y detalle de la sucesión de ciclos represivos, y el dedicado por Jean-Louis Margolin a los comunismos asiáticos, tanto porque en él se reseñan los crímenes más numerosos y horribles del comunismo, como porque su conocimiento en España ha sido mucho menor. Los capítulos dedicados al Africa Negra (Angola, Etiopía, Mozambique), a Hispanomérica (sólo Cuba y Nicaragua), y a Afganistán pecan de someros, aunque proporcionan igualmente mucha información poco conocida.

Pero, en general, los capítulos ajenos al núcleo comunista ruso-chino son muy insuficientes por causa de un error de planteamiento teórico: no se considera comunista sino al partido titulado comunista. Lo cual releva a la ideología comunista de buena parte de sus responsabilidades.

Lo importante no es el nombre con el que se titule un régimen o una organización terrorista, sino su esencia. Y crímenes del comunismo son todos los de los diversos socialismos voluntaristas, en el poder o en la oposición, emparentados con el marxismo-leninismo. Pero con el criterio adoptado, los crímenes de los frentepopulistas durante la guerra de España, cuyo mimetismo bolchevique llegaba incluso a adoptar el grito de ¡Viva Rusia! y a vestir la Puerta de Alcalá de líderes soviéti-

cos (2), no son imputables al comunismo. Y en el resto del mundo sucede por el estilo, pese a que tantos grupos reconocieran explícitamente la influencia marxista: pensemos en los montoneros argentinos o los sandinistas nicaragüenses.

Por lo demás, el libro es una verdadera colección de horrores. Las cantidades masivas no llegan a transmitir, sino muy vagamente, toda la perversión y el sufrimiento personal que contienen las cifras. Y al tratar exclusivamente de ello, y al sucederse las ejecuciones y las torturas, uno podría quedar inmunizado si no fuera porque un nuevo detalle concreto nos vuelve a transmitir un dolor humano.

Cuando se reflexiona sobre tan largo catálogo sorprende comprobar que el terror comunista no se limitaba a eliminar enemigos, con o sin juicio, sino que amparó todo tipo de crueldades y ensañamientos, no ya por arrancar confesiones, sino por mera añadidura sádica. No se trató sólo de unos crímenes fríos por 'razón de Estado' bien que en proporción industrial, sino que además fueron manifestaciones de un odio cultivado, exacerbado, y desatado a conciencia que se descargó sobre las víctimas.

* * *

Los crímenes del comunismo

Muchos son los datos que este libro nos ofrece acerca del terror comunista. Su lectura completa es insoslayable. Destacaré solamente algunos detalles, por más relevantes, o por ser rasgos que se descubren como generales a todos los comunismos:

(2) Se conservan varias fotos de ella: una presidida por Lenin, y otra con Stalin, y Vorochilov, entre otras efigies: todas de comunistas y ninguno español.

Véanse los documentos gráficos, respectivamente, en BERNARDO GIL MUGARZA, *España en llamas 1936*, Barcelona, Ediciones Acervo, 1970, pág. 451, y *Crónica de la guerra española no apta para irreconciliables*, Buenos Aires, Editorial Códex, 1966, tomo III, pág. 324.

1.º El primero de todos es que el hambre ha sido una característica del comunismo, su arma más mortífera, y a veces empleada deliberadamente como tal.

Efectivamente, "recordemos que, en el período posterior a 1918, sólo los países comunistas conocieron hambres que llevaron a la muerte a centenares de miles, incluso millones de hombres" (pág. 23).

Es el caso de Ucrania y Rusia en 1921-1922 como secuela de las requisas del "comunismo de guerra", y de nuevo en 1932-1933 a consecuencia de la deskulakización; de China durante el "Gran Salto Adelante" de 1959-61; y, posteriormente, también de Etiopía en 1982-1985, de Mozambique durante su larga guerra civil, o de Corea del Norte el pasado 1997. De diferentes modos, la utópica ortodoxia comunista se abatió sobre los campesinos y condujo al hambre generalizada.

Resulta particularmente estremecedor —y aleccionador— el relato del hambre padecida a causa del titulado Gran Salto Adelante —cada paso adelante en la realización del comunismo ha significado un especial padecimiento popular—, posiblemente la escasez que haya causado mayor número de muertes en la historia (3).

Durante aquel 'salto' el delirio económico y la mentira política se unieron en detrimento del pueblo para causar una gigantesca caída de la producción. El régimen ordenó implantar gigantesca unidades de trabajo —las comunas—, desarrollar proyectos faraónicos, aplicar el ideologismo marxista incluso a los métodos agronómicos, suprimir la diferencia entre trabajo agrícola e industrial, y fijó unos objetivos exageradísimos, de tal modo que "tres años de esfuerzos y privaciones" bastarían para entrar en "mil años de felicidad".

Las provincias regidas por los comunistas más radicales anunciaron éxito tras éxito, de modo que rehacían al alza los objeti-

(3) Las regiones más afectadas cuadruplicaron su tasa de mortalidad y redujeron su natalidad a un tercio. "Para el conjunto del país, la mortalidad salta del 11 por mil en 1957 al 15 por mil en 1959 y 1961, y sobre todo al 29 por mil en 1960. La natalidad baja del 33 por mil en 1957 al 18 por mil en 1961" (págs. 549 y 551).

vos y aun cedían trabajadores a provincias de menores alegrías estadísticas. Ninguno se rendía a la evidencia, sino que huía hacia delante aumentando la mentira y, en tanto la cosecha real caía brutalmente, el estado exigía y tomaba completa para las ciudades la parte correspondiente de la cosecha fantasma, casi cuatro veces superior sobre el papel. Así se explica que las provincias regidas por maoístas radicales, exportadoras de grano en tiempos normales, resultaran las más castigadas por la mortalidad, en tanto que los activistas, asegurando que "no es que el alimento falte. Hay grano en cantidad, pero el 90% de los habitantes tiene problemas ideológicos" desencadenaran una acentuada represión para impedir la autoalimentación. Es así como "las pérdidas ligadas a la sobremortalidad de hambre pueden evaluarse, de 1959 a 1961, entre 20 (cifra cuasi oficial en China desde 1988) y 43 millones de personas" (*vid.* págs. 544-555).

Para mayor ignominia del socialismo que se preciaba de 'científico' y de regirse por las leyes de la infraestructura económica, alguno de los autores reconoce de pasada que para solucionar dichas hambres bastó, simplemente, relajar la explotación socialista y permitir cierta libertad de cultivos privados (págs. 554 y 713).

Pero lo que no escapó en distintos momentos y lugares a la visión economicista de los comunistas fue el uso selectivo del racionamiento como arma represiva (p. ej., *vid.* págs. 107 y 109).

2.^º El terror ejercido por el comunismo presenta caracteres universalmente tenidos por regresivos en otros poderes distintos de aquella ideología indiscutidamente progresista: en particular el recurso a la responsabilidad colectiva. Porque además del recurso a las familias como rehenes y objeto de represalias, ser familiar de un detenido originaba discriminaciones específicas, y a la postre se convertía en causa para serlo a su vez.

Pero el comunismo sí introdujo una innovación 'progresista' en el terror que le es absolutamente peculiar: la planificación estadística y la noción de productividad represiva.

Lenin introdujo las instrucciones del género "Colgar (y digo colgar de manera que la gente lo vea) al menos a cien kulaks,

ricos y chupasangres conocidos" (pág. 89). Con Stalin la represión se hizo más científica: para la deskulakización se dictó un decreto por el cual "la cantidad de explotaciones kulaks que había que liquidar en un plazo de cuatro meses (...) se sitúa en una horquilla que va del 3 al 5 por ciento del número total de las explotaciones" (pág. 172). Y en el Gran Terror la planificación era todavía más rigurosa: se fijaron "cifras indicativas" para cada distrito, tanto de detenciones como de ejecuciones. Y como correspondía al contemporáneo entusiasmo por el Plan, los ejecutores se apresuraron a solicitar sucesivos aumentos de las cuotas asignadas (págs. 217-218).

Lógicamente, los discípulos chinos y vietnamitas actuaron según este modelo. Para la Reforma Agraria china se fijaron cuotas a respetar: entre un 10 a un 20 por ciento de habitantes a catalogar en la clase de los privilegiados que reprimir (pág. 533); luego se requerirá al menos una víctima mortal por aldea —es decir, ¡al menos un millón!, de dos a cinco según estimaciones— (pág. 535); desde que el Diario del pueblo denunció la presencia en las filas del partido de un 10 por ciento de "traidores ocultos", la cifra guió los cupos de las interpelaciones (pág. 541); y la depuración antiderechista posterior a las Cien Flores "debe —milagro burocrático— afectar por lo menos al 5% de los miembros de cada unidad de trabajo" (pág. 543). En la Reforma Agraria del Vietnam del Norte, entre 1953 y 1956, las víctimas también deberán respetar la cuota del 4 al 5 por ciento de la población (pág. 638).

Desde luego, es toda una innovación planificar previa y rigurosamente el porcentaje desafecto que será necesario reprimir.

En la URSS, la NKVD llegó a presumir de records de eficacia, rapidez y economía en los informes que elevaba de sus operaciones de deportación colectiva. Operaciones que distrajeron en la retaguardia contingentes de cientos de miles de hombres durante la misma guerra mundial, e incluso en los primeros momentos de la invasión alemana (págs. 250-255).

3.º Los autores afirman que el sistema de campos de trabajo adquirió en la Unión Soviética una finalidad económica.

Paulatinamente, la mano de obra forzada pasó de contemplarse como simple categoría represiva a gestionarse como un elemento al cual se aplicaba la planificación total de las fuerzas productivas. En la URSS se asistió a una "penalización general de las relaciones de trabajo" que condujo a una "criminalización sin precedentes de los comportamientos sociales" (págs. 238, 239 y 247).

En una palabra, la dinámica interna del socialismo condujo a un creciente recurso al esclavismo. Y es que la mano de obra esclava es el mejor paradigma de empleo racional de los recursos cuando los hombres pasan a ser considerados por la filosofía marxista como integrantes de una colectiva y abstracta "fuerza de trabajo".

Pero... el experimento máximo de economía planificada que fue el Gulag también fracasó económicamente (págs. 277 y 290). Y ello nada menos que en comparación con un marco de suyo tan poco feliz como la economía del régimen soviético que la rodeaba. La correlación entre creciente dirigismo de la economía y fracaso parece evidente, pese a que no se quiera ni ponerla de relieve, ni deducir consecuencias de ella.

4.º Dentro del universo comunista, los comunismos asiáticos (China, Corea, Vietnam, Camboya) presentan características comunes. Ciertamente son autógenos, nacionalistas y militares.

Respecto de la represión, que es de lo que nos ocupamos aquí, se observan otras particularidades. En China parecen no haberse dado purgas sangrientas en el interior del partido y el papel de los órganos policiales ha sido discreto. Pero en cambio la represión china, modelo de las otras, ha empleado métodos más retorcidos: desde la provocación, animando a exponer las disconformidades, como en el periodo de las Cien Flores (1957) hasta el exhibicionismo, sustituyendo las detenciones nocturnas por los mítines de acusación pública.

En primer lugar, el Gran Terror estalinista fue precedido en muchos sentidos por el "terror democrático" del primer soviét chino en 1927-1928, y por la opresión y las purgas internas de la República china de los soviets antes de la Larga Marcha

(págs. 525-528). Pero además, la Revolución Cultural de 1966-1968 fue una tortuosa maniobra de lucha por el poder en la cúpula comunista, para la cual se trastornó la vida entera del país con víctimas a millones, instigando un totalitarismo anárquico cuyos rasgos hacen pensar en una manifestación satánica.

Pero es más distintivo aún el sistema de "rehabilitación" de los "laogai" (el equivalente chino del Gulag) en el que se obliga a los presos a colaborar en la 'reeducación' recíproca (págs. 555-575). Si el sistema soviético se contentaba con hacer firmar la confesión que justificara la condena, el chino exigía que el preso ya condenado se esforzara permanentemente en abdicar de su personalidad y asumir la ideología oficial. La impresión de inhumanidad del sistema es mucho mayor, como lo es el relato de la locura del khmer rojo camboyano, donde imperaba la fórmula "Perderte no es una pérdida. Conservarte no es de ninguna utilidad" (pág. 671).

En este caso, cuando Margolin se refiere a que el pasado asiático está plagado de matanzas y crueldades creo que, haya o no intención exculpatoria para con el comunismo local, apunta a un hecho cierto: el Asia oriental ha sido históricamente ajena a la herencia cristiana. Igual que los prisioneros de los japoneses en la Segunda Guerra Mundial fueron tratados con una inhumanidad superior a la de los campos nazis o soviéticos, podría pensarse que el totalitarismo asiático, sin vestigios —siquiera inconscientes— de cristianismo, ha sido aún más inhumano que el soviético.

Una confirmación adicional del aspecto acristiano del comunismo asiático se puede encontrar en el recurso norcoreano a la divinización con ribetes mágicos —nada materialista— del difunto Kim Il Sung y ahora de su hijo Kim Jong Il, impensable en los comunismos occidentales (pág. 628).

5.º. Finalmente, quisiera notar que, si es verdad que la tardía introducción de códigos penales en muchos países comunistas coincide con el final de las muertes masivas, como se cuidan de destacar los autores (págs. 606 y 718), para entonces el descabezamiento y la intimidación de las sociedades correspondientes ya se había conseguido con creces, y sus efectos perdurarían largamente.

Debe recordarse que la posterior represión a escala menor no dejó de ser injusta o refinadamente cruel, como en el caso de los internamientos en clínicas psiquiátricas de la era Breznev. Werth, sin embargo da por liquidada la historia de los crímenes del comunismo en la URSS con la salida del estalinismo, y apenas dedica a la "disidencia" un par de páginas de coda (págs. 297-298), justificándolo en su escaso número. Tratamiento que nadie se atrevería a dar de los opositores izquierdistas de otros regímenes, pese a que existiría idéntico o mayor fundamento comparativo.

Pero sobre todo, observemos que si algunos comunismos se han 'suavizado' con el tiempo, siempre tras haber conseguido su finalidad de imponer el terror absoluto a la sociedad y porque éste llegó a alcanzar al propio partido, nunca ha existido una suavización del comunismo como tal, que ha obedecido en todas partes a idéntica dinámica sanguinaria. Cuando efectivamente disminuían abruptamente las muertes en la URSS, e incluso comenzaban a hacerlo en China, era en el mismo momento en que en Cuba, en Vietnam del Sur, en Camboya, en Etiopía o en Afganistán —bajo directa tutela soviética— el comunismo inició entonces sus pasos con abundantes mortandades.

Parece, por tanto, que no existió nunca un suavizamiento de la praxis comunista, sino que el terror rojo obedeció a un mismo ciclo característico, cumplido el cual disminuía, pero que no excluyó en ninguna parte desde un principio la represión violenta como sistema.

* * *

Un planteamiento de izquierdas: no dejar el privilegio de la verdad a la extrema derecha

Cuando del simple relato se pasa a las explicaciones y conclusiones es cuando el libro, en cada capítulo, cojea sensiblemente. Y con fundamento.

Hay que saber que muchos de los autores, según confiesa el coordinador, han sido comunistas (pág. 36). Y aunque se hayan decidido a denunciar de modo tan notable los crímenes del

comunismo, todavía conservan resabios de interpretaciones marxistas, giros propios del lenguaje propagandístico soviético, pretensiones de salvar el marxismo separándolo del comunismo 'real', y un profundo desprecio de la derecha y los anticomunistas, que en ningún momento aparecen como los que tuvieron razón y obraron en consecuencia.

La tónica del libro es tal como si sólo los izquierdistas tuvieran derecho a denunciar los horrores comunistas y tales crímenes sólo se hubieran descubierto o comprobado cuando ellos se convirtieron y convencieron.

Lo mejor es dejar la palabra extensamente a Stéphane Courtois:

"A estas razones generales para llevar a cabo un trabajo relacionado con la memoria y la historia se añade para algunos una motivación personal. Los autores del libro no han sido siempre extraños a la fascinación del comunismo. A veces, incluso, han sido partícipes, desde su modesta situación, del sistema comunista, ya sea en su refrito ortodoxo marxista-leninista, ya sea en refritos anexos y disidentes (trostkistas, maoístas). Y aunque permanecen anclados en la izquierda —y precisamente porque permanecen anclados en la izquierda— tienen que reflexionar sobre las razones de su ceguera. Esta reflexión se ha valido también de las vías de conocimiento, jalonadas por la elección de sus temas de estudio, por sus publicaciones científicas y su participación en revistas —*La Nouvelle Alternative, Communisme*—. Este libro aún es sólo un momento de dicha reflexión. Esta debe ser guiada sin descanso por aquellos que tienen conciencia de que no hay que dejar a una extrema derecha cada vez más presente el privilegio de decir la verdad [¡] En nombre de los valores democráticos y no en el de los ideales nacionalfascistas, deben condenarse y analizarse los crímenes del comunismo" (pág. 45).

No deja de ser habilidoso —y poco fiable— que los propios ex-comunistas deban ser quienes depuren el pasivo del comunismo.

Valoraciones marxistas

Seguramente es por ese fondo marxista, y por el natural apego al propio pasado comunista, por lo que podemos decir que en las valoraciones éste es un libro 'dialéctico', que afirma

una cosa en las páginas pares y la contraria en las impares. Que ofrece todos los elementos para una sentencia radicalmente condenatoria del comunismo, y que a continuación suspende el juicio y se niega a dictarlo con una frase explícita y contundente.

De modo que a lo largo de sus páginas se encuentran perlas sorprendentes para tratarse de un libro presentado como 'anticomunista'.

El mito revolucionario se mantiene, sólo que en la revolución Rusa se distinguen dos revoluciones: la toma del poder por un sólo partido de meditada estrategia insurreccional, que sería la criticable, y una inmensa revuelta, explicada en términos de guerra de clases, cuyos excesos y radicalizaciones no serían condenables en tanto que espontánea y de izquierdas (págs. 55 y sigs.).

Lo cual no obsta para achacar las inclinaciones de los bolcheviques a levantarse —al precio de la guerra civil— contra la república surgida de la revolución de febrero de 1917 a los "elementos plebeyos", por supuesto "menos prisioneros del dogma marxista", que sumergieron a los elementos urbanizados e intelectuales (págs. 64-65). Ciertamente, ¡siempre ha habido y habrá clases!

Distingos y patinazos semejantes hay otros cuantos:

- La referencia (en 1936, como si no se hubiera narrado anteriormente todo lo que había supuesto ya la revolución bolchevique) al enfrentamiento "entre la burocracia estalinista termidoriana y la vieja guardia leninista que había seguido siendo fiel a sus compromisos revolucionarios" (págs. 214-215). Si Stalin representa a los termidorianos ¿que angelicales víctimas eran los comparables a los jacobinos?
- Tras enumerar operaciones de "liquidación" colectiva durante 1937 en la URSS se puntualiza que "Ciertamente ... no se realizaron sin patinazos ni excesos" debidos a los funcionarios locales (pág. 219). Como si tales operaciones de represión masivas no fueran en sí excesos criminales e injustificables. Ya de la deportación del conjunto

- de la población cosaca en 1919-1920, con Lenin, no se deja de aludir a un "desbordamiento de las directivas en el contexto local" (pág. 304).
- De la Reforma agraria en China se nos dirá que constituye "la ola de represión más sangrienta que haya lanzado el partido comunista chino" (pág. 531). En efecto, nos hablan de un mínimo estricto de un millón de ejecuciones y verosímelmente más bien tres (pág. 535). Que no eran justificables en un entorno de guerra civil, pues ésta ya había acabado (4). Y sin embargo, inicialmente, se nos habrá recordado que "los hechos que vamos a relatar tuvieron, por tanto, un carácter de contraviolencia" y por ello "ese período conserva una imagen excelente" (pág. 531).
 - Tampoco deja de ser significativo el tono con el que se describe la Revolución Cultural china: tras haberla calificado de "totalitarismo anárquico" (pág. 575), y haberse preguntado muy preocupadamente si se trataba de una generación de rebeldes o de carceleros (pág. 594), puesto que el autor no comparte ni la leyenda dorada ni la leyenda negra de los Guardias Rojos (pág. 591), hay un dejo de dolor en la constatación de que "en 1968 el Estado vuelve, con sus pompas y sus obras. Recobra el monopolio de la violencia legítima..." (pág. 602). ¡Ay, la añoranza anarquista!
 - Y es sorprendente que hasta el presente no hayan aceptado dar por desvanecida la insidiosa insinuación de si en la guerra de Corea no habría sido el agresor el Sur, como dijeron Sartre y otros intelectuales de izquierda franceses

(4) Por cierto que según alcanzaban ventaja decisiva los comunistas chinos dejaron de librar con fines propagandísticos a los prisioneros y "durante las hostilidades mismas los peores actos tuvieron lugar en la retaguardia, al margen de cualquier contexto militar" (pág. 532).

de la época (pág. 617). De hecho, pretenden mantener la duda acerca de las fosas comunes que dejaron en Hué los vietcongs tras su breve ocupación de la ciudad en la ofensiva del Tet de 1968 (pág. 641): pese a lo que diga el autor, las emisiones radiadas contemporáneamente por los comunistas vietnamitas constituyeron una admisión implícita.

- Pero sobre todo, mantienen la pesada retórica ‘científica’ marxista en los análisis. Pretenden desligar de Marx la idea de “dictadura del proletariado” (pág. 828). Y cuidan de recalcar que los criterios de clase aplicados en la República Popular China son un “desglose sociológico fantástico” que tiene poco que ver con las “clases sociales en el sentido marxista del término” (págs. 543-544). ¡Como si ésas fueran adquisiciones incontrovertibles!
- Será por eso que al Estado norcoreano le apostillan “que se dice socialista” (pág. 629).
- Y hasta los enloquecidos comunistas camboyanos son merecedores de expresiones como “el drama de los jeme-res rojos tal vez sea su debilidad” (pág. 710).
- Dos perlas finales corroboran todas mis suspicacias anteriores:
 - A Pol Pot no se le reconoce la categoría de su maestro Mao porque “el tirano camboyano, en su poco refutable mediocridad, no es más que una pálida copia del fantástico y culto autócrata de Pekín, capaz después de todo de fundar en el país más poblado del planeta, y sin ayuda exterior decisiva, un régimen cuya viabilidad todavía no se ha agotado” (pág. 648).
 - En tanto que al cabo de 842 páginas de presunta condena, si no del comunismo al menos sí del estalinismo, y a tres del final del libro, Courtois stampa este juicio de

Stalin: "sin duda emergerá ante la Historia como el político más importante del siglo xx, al haber conseguido elevar a la pequeña Unión Soviética de 1922 al rango de superpotencia mundial, e imponer el comunismo durante décadas como una alternativa al capitalismo". ¿Quién se refiere así a un criminal? ¿No se podría escribir también algo parecido de Hitler?

* * *

Cuentas claras

Sin embargo, contra lo que pudiera parecer, creo que una crítica más de fondo debe comenzar por las cifras que se nos ofrecen, incluso rectificándolas provisionalmente a la baja, si fuera preciso, por falta de documentación.

La faja con que se vende el libro anuncia: "Una tragedia mundial con 80 millones de víctimas". Por una vez, sin embargo, la publicidad disminuye los datos de un libro en vez de exagerarlos.

Porque este es el balance numérico basado en "estimaciones personales" que presenta Courtois en la introducción: "URSS, 20 millones de muertos; China, 65; Vietnam, 1; Corea del Norte, 2; Camboya, 2; Europa oriental, 1; América Latina, 150.000 muertos; Africa, 1,7 millones de muertos; Afganistán, 1,5; movimiento comunista internacional y partidos comunistas no situados en el poder, una decena de millares de muertos. El total se acerca a la cifra de cien millones de muertos" (pág. 18).

Se observa ante todo una tendencia constante a las cifras publicitarias: la suma arroja sólo 94.360.000. ¡Por su cuenta, Courtois añade, en un redondeo final, una cifra de víctimas mortales del comunismo equivalente a la consagrada para el Holocausto judío!

Las cantidades groseramente redondeadas en cada uno de los sumandos, y al alza en el conjunto, no son serias. La justicia y el rigor exigen que, dentro del margen estimable en cada caso se busque el límite más alejado de la tesis propia: siempre será

mejor que las ulteriores correcciones la corroboren todavía más que la desautoricen parcialmente. Y de otro modo, los revisionistas procomunistas —que los habrá— podrán denunciar en un futuro ciertas acusaciones por abusivas.

Ciertamente, en materia de terror ilegal es muy difícil elaborar estadísticas (aunque en la URSS se conservan los archivos de deportación al Gulag) y hay que recurrir a las estimaciones. Pero por eso mismo se echa en falta un tratamiento detenido y lleno de advertencias de la cuestión numérica y no, como éste, de pasada. A lo largo del libro se nos abruma con un cúmulo de cifras, pero en ningún momento se sistematizan en cuadros, ni siquiera para el capítulo de la Unión Soviética. Se tiene la impresión —fundada— de contemplar una sucesión de datos parciales y de cantidades que engloban en todo o en parte otras anteriores, ya sea temporal o territorialmente (*vid.* pág. 239).

Pero además debe observarse que las cifras anteriormente reproducidas no son lo que parecen. Otras referencias parecen indicar que engloban tanto asesinatos como deportaciones colectivas y víctimas de hambres (*vid.* págs. 23-24 y 29). Con lo que ya no se están cuantificando muertos, sino personas afectadas por crímenes, y no se puede reunir en una sola cantidad a ejecutados y a detenidos o deportados (y si estos mueren luego ¿se los contará dos veces o ya se les daba por muertos seguros?).

Dentro de las propias muertes imputables al comunismo no es completamente honesto ni científico sumar ejecuciones y asesinatos directos con lo que son defunciones en los campos de concentración o sobremortalidades por desnutrición, enfermedad o guerra, cantidades que deben mantenerse desglosadas aunque sin duda la escasa esperanza de vida de los 'zekos' en el Gulag, o las hambres provocadas por medidas políticas, sean responsabilidad indudable de los regímenes comunistas. Y no debe olvidarse que, en algunos casos, quienes han dado macrocifras de 'pérdidas demográficas' incluyen además de los muertos los nacimientos que 'deberían' haberse producido (de continuar las tendencias anteriores).

Victimas ocultadas

Toda la crítica anterior, que parece defensa de los comunistas, es necesaria para subrayar, a continuación, la ausencia en dicha contabilidad de cuantiosas partidas de muertes imputables al comunismo y escamoteadas por estos autores excomunistas.

Puede sostenerse que la política del "Gran Salto Adelante" que condujo a la mayor hambruna de China, siendo deliberada, no pretendía las muertes que provocó. Por el contrario, cuando se inicia una guerra se es consciente de iniciar una sangría directamente prevista y aceptada. En la guerra las bajas las produce directamente el enemigo, pero la responsabilidad debe cargarse principalmente al que las declara o al que los conduce con auténtico desprecio de las vidas enemigas y aún de los combatientes propios. Entre los rusos se ha considerado siempre que el desproporcionado número de bajas en la Segunda Guerra Mundial (muchísimo mayor que la de cualquier otro beligerante) debe imputarse a la imprevisión y a la dirección de Stalin, aunque no se pueda cuantificar exactamente esa incidencia.

Entonces, si abordamos el rubro de las víctimas de guerra del comunismo, por mucho que nuestros autores tremolen palabras tótem como 'revolución' o 'guerra de liberación', la verdad escueta es que el movimiento comunista ha sido el mayor agresor de este siglo, suscitando levantamientos armados (alcanzaran el grado de guerras civiles o quedaran en mero terrorismo) en los cinco continentes, cuando no verdaderas invasiones abiertas, como las de Polonia y Finlandia en 1939, Corea del Sur en 1950, Vietnam del Sur en 1975 o Afganistán en 1979.

Lenin infundió a la Tercera Internacional la noción del recurso a las armas como norma. Directriz que ha inspirado a todos los partidos, guerrillas y terrorismos comunistas, e incluso ha contagiado y radicalizado a otros movimientos políticos. No se puede hacer balance del coste humano del comunismo omitiendo hacer referencia a las pérdidas en las innumerables revoluciones y guerras por ellos promovidas.

Nuestros autores se cuidan de hablar del aventurerismo revolucionario que, ya desde tiempos de Lenin, implicó desprecio de la vida humana, incluso de los propios partidarios (pág. 319). Pero existe una total ausencia de énfasis en las muertes de los adversarios, los 'anticomunistas' activos —que engloban motivaciones muy distintas y aún puramente defensivas— ya sea en combate o en la represión posterior. Ellos han sido, sin embargo, las primeras y más conscientes víctimas del comunismo. Esa partida de los combatientes anticomunistas, en Rusia, en España, en China, en Corea, en Vietnam, y en tantos otros lugares falta por completo.

A la vista de cuanto denuncia este libro, los anticomunistas militantes demostraron una clarividencia y una conciencia política muy superior a los intelectuales izquierdistas del pasado y del presente. Tenían razones de peso para combatir en defensa propia contra la implantación de un régimen inhumano. Y su abundante sangre debe recaer sobre el comunismo agresor.

Pero nuestros autores prefieren recalcar como injustificable sólo la represión contra el pueblo llano sin ideas ni posturas, como si el tenerlas (y acertadas como se ha comprobado de sobra!) fuera un demérito o justificara su persecución. Es muy significativo el tratamiento que se concede en la historia de la URSS a la "guerra sucia" posterior a la guerra civil 'oficial': en tanto que aquella se dirigió contra campesinos y obreros, sin mayor móvil que una autodefensa desesperada, se muestra para con ellos una simpatía y una condolencia inexistentes para la anterior defensa organizada de esos mismos rusos, agrupados en lo que vagamente se denomina 'Ejércitos blancos' pese a su ideología variorpinta. Hay que repetir que la existencia de una guerra civil no implica de ningún modo que ambos bandos sean igualmente culpables.

El ejemplo más aberrante de estrabismo político es la narración que se nos hace de lo que fueron las chekas españolas. Si por este libro fuera, parecería que sólo fueron organizadas por el PCE, ya en 1937, para perseguir a antifascistas disidentes, especialmente del FOUM. En una docena de páginas no aparece ninguna mención a otros presos y víctimas en las chekas del comu-

nismo, del SIM y del NKVD en España que los muy dignos antifascistas trostkistas y similares (*vid.* págs. 381-392, especialmente la 387).

Y aun cuando es cierto que las principales chekas de la España roja no fueron del PCE, nos encontraríamos con el error ya denunciado de limitar el comunismo a la expresa etiqueta reivindicada, cuando lo cierto es que los socialistas, y en general la izquierda obrera española, tenían entonces un claro matiz bolchevique. Los poumistas españoles internados en las chekas del comunismo ortodoxo también habían tenido sus propias chekas contra los españoles católicos y nacionales. Existe al respecto el mismo desenfoque que cuando se citan como exponente de las víctimas de Stalin los purgados de 1936-1938. De la *lezovschina* o Gran Terror de aquellos años los cuadros comunistas fueron una pequeñísima aunque significativa parte, y eran los que habían llevado a cabo previamente la "deskulakización" cuyo coste final en vidas fue superior. La analogía consistiría en tomar el hábito de citar primero, y a veces en exclusiva, a los SA eliminados la 'Noche de los cuchillos largos' cada vez que se hiciera referencia a las víctimas de Hitler.

Finalmente, víctimas del comunismo que escapan a toda mención (por ser políticamente incorrectas, pese a contarse por millones) son los alemanes exterminados al final de la Segunda Guerra Mundial. La agresión no es el único crimen de guerra, también el agredido puede cometerlos durante su desarrollo. Y la irrupción del Ejército Rojo en el Reich, el trato infligido a los prisioneros y a la población civil, la limpieza étnica de Prusia Oriental, Silesia, Pomerania o Bohemia con deportaciones masivas de altísima tasa de mortalidad ¿dejan de ser crímenes aunque los alemanes hubieran cometido otros antes, o porque las víctimas hubieran sido todos nazis? ¡Y sólo el ejército regular de la URSS, al famoso Ejército Rojo, le cabe la distinción de haber dado consignas oficiales incitando a la violación sistemática, incluso ya acabadas las hostilidades!

* * *

Vea, compare... y juzgue

Dejando ya de lado las cuestiones del número y condición de las víctimas hay que volver sobre las características criminales del comunismo. Sirve para ello contemplarlas en comparación, y buscarles una calificación adecuada.

"El libro negro del comunismo" proporciona una significativa serie de juicios y comparaciones sobre el género de terror que es peculiar al comunismo y común a todos los experimentos comunistas. Juzguemos:

- Desde un principio el alborar inicial de comunismo fue más sangriento que todo el zarismo:

"En algunas semanas, la Cheka sola había ejecutado de dos a tres veces más personas que el Imperio zarista había condenado a muerte en noventa y dos años y que, condenados en virtud de procedimientos legales, no habían sido ejecutados en todos los casos..." (pág. 96)

- El terror rojo durante la guerra civil rusa fue incomparablemente peor que el de los blancos:

"Los bolcheviques no tuvieron el monopolio del terror [...] Pero, como han subrayado la mayoría de los historiadores del terror rojo y del terror blanco durante la guerra civil rusa, los dos terrores no pueden ser colocados a la misma altura. La política de terror bolchevique fue más sistemática, más organizada, pensada y puesta en funcionamiento como tal mucho antes de la guerra y establecida teóricamente contra grupos enteros. El terror blanco nunca fue erigido en sistema" (pág. 101).

- En la comparación, los comunistas quedan objetivamente peor parados que los nazis y fascistas:

Así, en Bulgaria, las víctimas de la dictadura derechista de 1923 a 1944 ascenderían a 5.632 ejecutados, asesinados o muertos en prisión, en tanto que a los seis meses de la entrada del Ejército Rojo, en marzo de 1945 se habían condenado a muerte a 2.138 personas, pero la depuración

salvaje pudo elevar sus víctimas a 30.000 o 40.000 cuyas fosas comunes se están descubriendo ahora (pág. 442).

Se reconoce tanto que el Gulag precedió a los Lager nazis —y hasta les sirvió de inspiración (págs. 29-30)—, cuanto que se carece desgraciadamente de un volumen de estudios y testimonios comparable (págs. 465-466).

“Mientras Hitler, salvo excepciones, nunca se ocupó de la represión y dejó estas tareas “subalternas” en manos de hombres de confianza como Himmler, Stalin seguía de cerca el asunto y era su instigador y organizador. Firmaba personalmente las listas con los miles de nombres de personas que debían de ser fusiladas y conminaba a los miembros del Buró político a hacer lo mismo” (pág. 833).

Y, para conclusión, el siguiente testimonio de un preso húngaro apunta a un grado de ideologización dialéctica de la represión que no se sabe si calificar de demencial o demoníaco: “La diferencia entre la policía secreta comunista y la de los nazis —yo soy uno de los ‘felices’ elegidos que ha podido vivir ambas experiencias— no reside en su nivel de brutalidad o crueldad [...] Si te detenían los nazis como disidente político, generalmente querían saber cuáles eran tus actividades, tus amigos, tus planes y cosas así. Los comunistas no se conformaban con eso. Ellos ya sabían, al detenerte, qué tipo de confesión ibas a firmar. Pero no tú” (pág. 457). Pese a que pueda parecer exagerado, coincide con lo que se narra del comportamiento comunista, sea en las purgas rusas o en los “laogai” chinos (págs. 569).

- De los guerrilleros comunistas chinos, que habían de moverse entre el pueblo como un pez en el agua, se nos dice: “la presión fiscal descargada sobre los campesinos es terrible: en 1941 se requisa el 35% de las cosechas, cuatro veces más que en las zonas controladas por el Kuomintang” (pág. 527).
- En Vietnam mismo, las víctimas del vietcong, sólo en Hué y 1968, fueron “muchas más que durante las peores exacciones del ejército americano” (pág. 641).

- Tampoco en Cuba la comparación entre la represión de Batista y la de Castro es favorable a éste (págs. 726 y 743).

Genocidio, crímenes contra la humanidad...

Eso es otra cosa

Tras de todas estas comparaciones parece que el comunismo debiera ser considerado la mayor tiranía de la historia por su extensión, su duración, su número de víctimas y sus designios expansivos. No sólo fue en lo exterior el mayor promotor de guerras y violencias del siglo XX, y su economía constituyó un fracaso sin paliativos que ofrecía un bajo nivel de vida y una existencia sórdida, sino que sus regímenes tenían una naturaleza policial y represiva cruel y acentuadísima, que era teorizada, consustancial y masiva (5).

¿Y por qué no considerarle entonces un régimen genocida y culpable de crímenes contra la humanidad?

Los autores plantean ese "reto científico" (pág. 712) en varias ocasiones, colocan dichos términos entre interrogantes, ofrecen argumentos que abonarían tal calificación... y aun así no concluyen. ¿Por qué?

El problema estriba en que genocidio y crímenes contra la humanidad son categorías que parecen restringirse a 'los crímenes perpetrados por los nazis, fundamentalmente y sobre todo contra los judíos', y aplicar aquí tales etiquetas implica una comparación —desventajosa— del comunismo con el nazismo. En realidad ese aspecto del debate está bastante generalizado en Europa, y ha llegado a salpicar a la prensa española (6).

(5) Vid. LUIS MARÍA SANDOVAL, *Cuando se rasga el telón. Ascenso y caída del socialismo real*, Madrid, Speiro, 1992, págs. 207-210 y 216-217.

(6) Como ejemplos citados los artículos "El negro y el rojo", de TIMOTHY GARTON ASH en *El País* de 17-V-1998 y "Nazismo, estalinismo, y -asimetría de la indulgencia-" de GABRIEL JACKSON en *El País* de 11-VI-98.

Percepción del problema y datos no le faltan a Stéphane Courtois:

"No tenemos aquí el propósito de establecer no se sabe qué macabra aritmética comparativa, qué contabilidad por partida doble del horror o qué jerarquía de la crueldad. Sin embargo, los hechos son testarudos y ponen de manifiesto que los regímenes comunistas cometieron crímenes que afectaron a unos cien millones de personas, contra unos 25 millones de personas aproximadamente del nazismo. Este sencillo dato debe por lo menos llevar a una reflexión comparativa acerca de la similitud entre el régimen que fue considerado a partir de 1945 como el más criminal del siglo, y un sistema comunista que conservó hasta 1991 toda su legitimidad internacional y que, hasta el día de hoy, se mantiene en el poder en algunos países y conserva adeptos en todo el mundo. Y aunque muchos partidos comunistas han reconocido tardíamente los crímenes del stalinismo, en su mayoría, no han abandonado los principios de Lenin y tampoco se interrogan sobre su propia implicación en el fenómeno terrorista" (pág. 29).

Aún así, el trato parejo se rechaza en aspectos fundamentales. Y no sólo por preservar celosamente el dogma de la singularidad del Holocausto.

El paralelismo con los crímenes nazis se quiebra a la hora del castigo de los verdugos; se está considerando conveniente una cierta amnesia espontánea u oficial para asegurar la reconciliación y curar las heridas morales infligidas por medio siglo de comunismo (pág. 43), por lo que asistimos a la persecución penal de algún colaboracionista residual con los nazis de hace más de cinco décadas y a la impunidad de toda la escala de responsables de crímenes más recientes y más numerosos, cuya hipotética persecución se cataloga encima como caza de brujas.

O se opina que, aunque los crímenes contra la humanidad no prescriben, no todos los crímenes comunistas lo han sido y no se sabría a cuáles aplicar ese tipo, o que la imprescriptibilidad de los crímenes contra la humanidad no debería aplicarse en un país retroactivamente a la firma del correspondiente tratado internacional (pág. 507). Muy distinto todo ello de lo que se aplicó para los crímenes nazis.

* * *

En suma: pese a los testarudos hechos, se pretende que la calificación histórico-moral del comunismo sea considerablemente más leve que la del nazi-fascismo. Para lo cual confluyen varias razones, pura y llanamente de conveniencia política.

Cabe argumentar que la represión fundada en la ideología racista era sustancialmente peor que la comunista en un aspecto: no condenaba por hacer o pensar, sino por ser, congénitamente, y por ello de modo irremisible. Lo cual es cierto en abstracto, pero más borroso en el caso concreto:

- de una parte, se ha revelado recientemente que en la Wehrmacht del III Reich sirvió un número considerable de judíos, incluso oficiales y generales, con el conocimiento de Hitler (7);
- y, de otra parte, el comentado "Libro negro del comunismo" refleja fielmente como en las sociedades comunistas el criterio de clase no sólo era una etiqueta vitalicia, que conducía antes o después a ser arrastrado irremisiblemente por alguna oleada de represión por cuotas, sino que además era hereditario. El caso de las castas chinas de los hijos de 'rojos' y 'negros' queda ampliamente registrado y señalado (págs. 543-544 y 594-596). También la discriminación y segregación entre "pueblo viejo" y "pueblo nuevo" de los khmers rojos, aunque en este caso, paradójicamente, eran los 'viejos', controlados por los insurgentes comunistas desde el principio de la guerra, los 'puros' políticamente y merecedores de mezquinos privilegios (pág. 656).

En realidad, los izquierdistas que militaron en el frente antifascista junto a los comunistas practican una resistencia —comprensible— a reconocer que sus aliados fueron iguales o peores que las encarnaciones del mal por antonomasia: los fascistas. Para ellos no se trata meramente de confesar un error, sino de

(7) Vid. *El Correo*, de 3-XII-96 y *ABC* de 3-IV-97.

declararse incurso por complicidad en un crimen igual o superior a aquel mal supremo en cuyo vituperio y combate encontraban su razón de ser.

* * *

Ahora bien, tal resistencia no es sólo sentimental, afecta también al presente y al futuro políticos.

Reconocer la magnitud —en términos absolutos y comparativos— de la dimensión criminal del comunismo conduce a tener que rehacer automáticamente infinidad de juicios derivados de la immaculada ejecutoria antifascista del comunismo como aval.

Resulta entonces que el testimonio contrario del comunismo es recusable.

Y que si el comunismo fue tan perverso desde el principio, muchas reacciones opuestas quedan justificadas en su momento histórico, al menos como males menores.

Reivindicar por su génesis, o comparativamente, a regímenes no democráticos, como el de Franco, es para la mayoría de los izquierdistas algo inasumible (pues supone la rehabilitación como opción política válida de las derechas sin complejos). Por eso, en consecuencia (invirtiendo el orden lógico), se exige la perpetuación teórica (más bien nominal) de una categoría criminal superior en la que el comunismo no haya incurrido.

Pero aún hay otro motivo más práctico para retroceder ante la calificación de los crímenes comunistas al mismo nivel de los nazis. En toda Europa, y recientemente en España, se ha introducido una serie de legislaciones represivas, muy severas, formalmente contra el genocidio o su apología.

En la práctica, como se ha planteado con el caso Pinochet, la imprescriptibilidad y la jurisdicción universal de los crímenes contra la humanidad sería aplicable sobre todo a muchísimos comunistas del derrumbado Segundo Mundo e incluso deberían imputarse a dignísimos gobernantes a los que no se debe ofender en aras de los negocios, como los comunistas chinos, que, después de haber inventado el comunismo de mercado y propiedad privada, sólo conservan la faceta represiva (sigue estando

en el poder el mismo equipo que imperaba cuando la matanza de Tian-An-Men). Afortunadamente el juez Garzón marcó la jurisprudencia adecuada al rechazar una requisitoria contra Fidel Castro análoga a la esgrimida contra Pinochet. Pero para mantener esta línea de exclusiva venganza izquierdista es preciso que los historiadores no empleen nunca para el comunismo los términos de genocidio o crímenes contra la humanidad.

Más aún, como no sólo se tiende a perseguir la excitación al odio racial, sino, mediante categorías más amplias y disimuladas, toda polémica o propaganda revisionista (que discute la existencia o la envergadura de los crímenes nazis), al juicio histórico-moral del comunismo como criminal de guerra y genocida, debería suceder automáticamente la persecución de oficio de los símbolos y libros comunistas, como se hace con los tachados de fascistas. Si, por ejemplo, en la Feria del Libro no se puede poner a la venta el *Mein Kampf* de Hitler, tampoco podrían ponerse a la venta las obras de Lenin (abierto incitador al odio y la violencia), de Mao, o de los complacientes satélites occidentales que, sin embargo, ocupan todavía determinados puestos, incluso con editoriales en exclusiva. ¿Cuántos librerías izquierdistas podrían ser condenados como Pedro Varela por vender las obras de Lenin o de Mao, del Ché de Carrillo, de Trotsky...?

Y tampoco podrían ser legales partidos que admitieran la herencia comunista, sus símbolos, etc.

Para colmo los revisionistas filonazis niegan aquellos crímenes, mientras los comunistas los han minimizado o justificado en nombre de la revolución y sus circunstancias, con lo que los reconocen.

Por todo ello el comunismo no podía ser juzgado en un libro histórico como culpable de crímenes contra la humanidad, ni aun con ochenta o cien millones de víctimas a sus espaldas.

Por qué

Con todo lo ya dicho, lo más importante de este libro es que en determinado momento de la lectura uno advierte que se le está escapando lo esencial. Las persecuciones comunistas, historizadas aisladamente, resultan incomprensibles.

Es preciso insistir en que "El libro negro del comunismo" no deja de ofrecer una visión fragmentaria del mismo, limitada a determinados aspectos.

Sin una visión más amplia del comunismo, de su proyecto socialista y de su mentalidad agresiva, no es posible comprender como se llega a la cadena de inhumanidades que se narran en este libro. Por el contrario, se mantendrá la actitud ingenua y absurda que campea en la contraportada: "¿Cómo un idea de emancipación y de fraternidad universal pudo transformarse, un día después de la Revolución de octubre de 1917, en una doctrina del poder absoluto del Estado, que practicó la discriminación sistemática de grupos sociales y de naciones enteras y recurrió a las deportaciones en masa y, muy frecuentemente, a las masacres?"

Y es que la maldad del comunismo no se puede limitar a unas excrecencias criminales, ni aun cuando se consideraran completamente descalificadoras del mismo. El mal del comunismo no es accidental sino intrínseco, como dijera Pío XI, y sus crímenes proceden de la aplicación implacable de principios erróneos e inmorales.

Efectivamente, la en tiempos repetidísima frase de que "el comunismo es intrínsecamente perverso" (8), no implicaba una condena excepcional. En ese sentido fue mucho más dura la calificación de Juan Pablo II que, al referirse a la resistencia al Espíritu Santo, escribió que encontraba su máxima expresión en el materialismo y que "El sistema que ha dado el máximo desarrollo y ha llevado a sus extremas consecuencias prácticas esta forma de pensamiento, de ideología y de praxis es el materialismo dialéctico e histórico, reconocido hoy como núcleo vital del marxismo" (9).

Pío XI calificaba al comunismo de intrínsecamente perverso, pero además declaraba "considérese como doctrina, como hecho histórico o como acción social, el socialismo, si sigue siendo verdaderamente socialismo, aun después de haber cedido a la

(8) "Communismus, cum intrinsecus sit pravus..." (Pío XI, *Divini Redemptoris* (1937), 60.

(9) JUAN PABLO II, *Dominum et vivificantem* (1986), 56.

verdad y la justicia en los puntos indicados [mitigación de la lucha de clases y de la extinción de la propiedad privada], es incompatible con los dogmas de la Iglesia católica, puesto que concibe la sociedad de una manera sumamente opuesta a la verdad cristiana" (10).

Es decir, los males del comunismo no estriban en una violencia o una irreligiosidad que pudieran ser eliminadas por accidentales, sino que dimanar de su sustancia socialista.

En este sentido, el planteamiento de Vladimiro Lamsdorff, aunque caricaturesco en la forma, ilustra muy bien la concatenación por la cual de la pretensión de planificar la economía (propósito socialista) entronizada como objetivo supremo, se sigue lógicamente la implantación de la dictadura más severa y todos los elementos del sistema soviético (11).

El comunismo no se hizo malo por apelar a la violencia. No sólo el proyecto socialista es de suyo antinatural, sino que la propiedad colectiva y la planificación económica conducen ineludiblemente al completo y agobiante control de toda la vida social. Si además se ha adoptado por principio una postura no ya indiferente ni irreligiosa, sino deliberadamente antirreligiosa, no cabe ninguna posibilidad de que el ideologismo utópico se detenga ante ciertas barreras o inhibiciones, siquiera fueran residuos inconscientes e incoherentes de la moral cristiana. Y entonces el propio desigmo de organización de la sociedad, ocultando la voluntad de poder y autojustificado como única solución, justificará el empleo de cualquier medio.

El ideologismo y el rechazo de la religión son las causas últimas de los millones de víctimas del comunismo.

Rectificación democrática ¿Y el libro negro del liberalismo?

Pero en conclusión, y pese a todas las salvedades anteriores, debemos recordar que nos encontramos ante un libro insustituible como recordatorio de lo que ha sido el terror comunista,

(10) Pío XI, *Quadragesimo anno* (1931), 117.

(11) VLADIMIRO LAMSDORFF-GALAGANE, "Cuando falta el principio de subsidiariedad", en *Verbo*, 197-198 (1981) págs. 959-976.

que ha de ser a partir de ahora un elemento fundamental para su crítica, a pesar de las apuntadas limitaciones ideológicas.

Pero sobre todo, incluso en el aspecto ideológico, hay que destacar un mérito poco común: los autores —que ya vimos que confesaban haber sido comunistas— hacen con esta denuncia una considerable rectificación práctica de su anterior error. Aunque no haya un mea culpa expreso, podrían haberse callado o haber seguido rumiando sus simpatías en espera de mejor ocasión. No sólo son un caso raro de rectificación de hecho, cuando tantos intelectuales periodísticos o académicos han silenciado discretísimamente su anterior opción marxista, militante y pregonada a los cuatro vientos, sino que constituyen un ejemplo digno de meditación de lo que cuesta sobreponerse a las simpatías y a la propia trayectoria vital por amor a la verdad. Actitud a la que todos, en un momento u otro podemos estar obligados.

Desde ese punto de vista merecen su justo reconocimiento. Y también es de alabar su intención de apartarse del ideologismo a ultranza que justifica la violencia. Yerran, tan sólo, en la apelación a un humanismo que es a la postre liberal.

* * *

Y éste ha de ser mi último comentario: ya he criticado la atribución genérica al comunismo de cien millones de víctimas, suma imprecisa en que se mezclaban muertes directas e indirectas, de opositores activos y de gentes sencillas criminalizadas.

En cambio, no se repara en que las víctimas contemporáneas del liberalismo permisivo van camino de ser muchas más y presentan todas las agravantes sobre las del comunismo: todas ellas lo son por voluntad directa de matar, eliminadas una a una, y absolutamente inocentes e indefensas. Son las víctimas del aborto legalizado por las democracias modernas (y a las que pronto se añadirán las de la eutanasia).

Un ejemplo concreto puede confirmar lo que acabo de escribir, por duro que parezca.

La guerra española de 1936 a 1939 produjo 'sólo' 268.500 muertes directas a causa del conflicto (12). Para ello, durante casi tres años, se hubieron de emplear a fondo dos ejércitos, que movilizaron entre ambos casi tres millones de voluntarios y reclutas, varios miles de cañones y 2.700 aviones (13).

Para los que gustan de jactarse de la superioridad de la democracia sobre los totalitarismos de cualquier signo, hay en ello una ratificación irrefutable: ¿o no es manifiesta la superior eficacia letal de la democracia sobre los esfuerzos conjugados, en el frente y la retaguardia, de los 'extremistas' franquistas y frentepopulistas de todo credo? Desde luego, si consideramos que desde su legalización por el gobierno de Juan Carlos I, en julio 1985, han sido eliminadas, sin esfuerzo ni estruendo, 'legal' y asépticamente, 441.606 vidas españolas ya concebidas, a manos de quienes debían protegerlas como familiares, médicos o gobernantes (14).

(12) Su desglose aproximado sería 120.000 combatientes españoles de ambos bandos muertos en campaña; otros 25.500 combatientes extranjeros, siempre de ambos bandos; 15.000 civiles muertos en acción bélica y 108.000 víctimas de homicidios y ejecuciones en ambas zonas hasta el final de la guerra.

Vid. RAMÓN SALAS LARRAZÁBAL, *Los datos exactos de la guerra civil*, Madrid, Ediciones Ríoduero, EDICA, 1980, pág. 310.

(13) *Ibidem*, págs. 287-289 y 294-299.

(14) Los crueles datos oficiales son:

1985	9
1986	411
1987	7.180
1988	26.069
1989	30.552
1990	37.231
1991	41.910
1992	44.962
1993	45.503
1994	47.832
1995	49.367
1996	51.002
1997	49.578
<i>Total general</i>	441.606
<i>Total seis últimos años</i>	288.244

Por lo que, en apenas el doble de tiempo (los últimos cinco años) unas pocas clínicas, como la Dator de Madrid, han ocasionado una sangría (auténtica matanza, que no simple pérdida demográfica) igual a la de una guerra civil. En coste de vidas, nuestra democracia liberal equivale pues a una guerra civil, 'de baja intensidad' pero continua, y a la larga más sangrienta.

Sin manejar grandes tablas estadísticas se puede decir que sólo el aborto legal de unos pocos países democráticos en los últimos veinticinco años supera el volumen de las víctimas mortales del comunismo mundial en setenta (15). Con la diferencia de que ninguna es indirecta, y de que mientras que la consolidación de cada régimen comunista llevó consigo un descenso drástico de la represión sangrienta, las cifras del aborto legalizado son siempre crecientes, como lo son los supuestos en que se acepta.

Así pues, la democracia avanzada no es la opción predicable a los que se horrorizan y apartan de los crímenes comunistas. Y es que sin Dios no hay ni puede haber justicia ni paz verdaderas. Ni en el 'ideal' comunista, ni en el vacío liberal.

(15) No hay exageración ninguna: solamente en los Estados Unidos (alrededor de 260 millones de habitantes), desde que la sentencia del Tribunal Supremo en el caso *Wade vs Roe* (22-1-1973) supuso la legalización del aborto, se habían registrado en 1996 más de 34 millones de abortos (datos facilitados por el Instituto Alan Guttmacher, proabortista, no meras estimaciones), estabilizados en torno al millón y medio anual. En Washington Distrito Federal su número era en 1992 mayor que el de nacidos vivos.

¿A qué cotas puede llegar el conjunto del Primer Mundo en setenta años?

Claro que en honor a la verdad hay que hacer constar que esta comparación tiene por finalidad provocar la reflexión pero no es perfecta, ya que por su parte la Unión Soviética fue, además de lo dicho, el país más abortista del mundo, y en la República Popular China se sigue imponiendo el aborto obligatorio a muchas madres en nombre del control demográfico, y esas cifras deberían tomarse en cuenta tanto para calcular el número total de víctimas del comunismo como para su comparación.